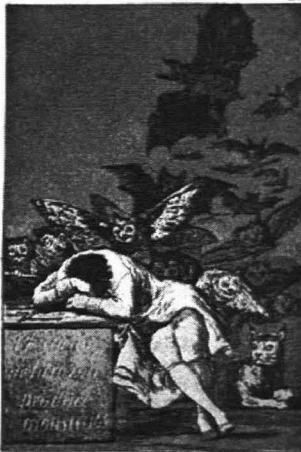


LA CRUZ DEL MARICA

Desde mi ventana puedo escuchar el disconforme susurro del viento. Densas nubes van cubriendo rápidamente el cielo hermosamente cuajado de estrellas y Venus ya se esconde en su triste celda de plata. Es entonces cuando el viento decide atacar a la vieja encina, la que se ve desde en mi ventana, a la que tanto temía cuando crío. Siempre con su semblante serio, con el ceño doblado, con su cara en fin de malévola tranquilidad, aquella vetusta encina guardaba un secreto en su savia desde antaño. Y ahora estaba retorciéndose, decadente, por la ira del céfiro. Su robusto tronco amanecerá, igual que ayer, sonriendo en una tumba, la da un hombre muerto hace casi un siglo, abatido por los disparos de una desalmada caterva de gendarmes. Al menos eso era lo que siempre me contaba mi padre, con su eterno el palillo en la boca y su sombrero de paja roído cuando, yo siendo niño, le preguntaba por quién allí yacía. Sólo la encina sabe cuáles fueron sus palabras últimas. Sólo ella pudo escuchar sus ruegos a Dios, su arrepentimiento. Nadie más sabe cuál fue su delito. Quizás la rosa supo alguna vez por la lluvia, que siempre se humilla para besarnos los pies, borró las letras grabadas en ella e hizo se le olvidara gran parte de su secreto.

Aún recuerdo cuando iba a sentarme a la fría tumba que tomaba prestada algo de sombra a la majestuosa encina, con todo el miedo que puede suscitar a una niño de cinco años un lugar donde muerto alguien yace. Pasaba mis pueriles dedos por el áspero granito buscando algo, una respuesta, e imaginaba encontrar palabras que hablaban del hombre que dormía bajo la gran piedra. Incluso llegaba a saber el día exacto en que murió. Entonces, emocionado por el hallazgo, cerraba los ojos e



intentaba escuchar. Podía oír una serie de disparos y luego los suspiros de aquel hombre misterioso, los jadeos acelerados en que sucumbía a una vida tal vez inocente. Despacio, abría los ojos. Todo seguía igual, la tumba estaba allí, la poderosa encina, queda, y una imperiosa necesidad de salir corriendo nacía del inquietante silencio que me abrumaba. Pero lograba armarme de valor y salía de las inmediaciones de la encina para luego, a una distancia razonable. Echar a correr, desbaratando la mies, hasta llegar a mi casa donde ya me sentía por completo a salvo.

Cuando el ocaso cerraba, los grillos acentuaban la canción de la noche. Siempre hacía frío. Metido en la cama trataba de relacionar lo que me contaba mi padre con lo que había descubierto sobre la lápida del Marica, pues así llamaban por aquellos alrededores al hombre que estaba enterrado al pie de la encina. Y sacaba conclusiones bastantes prometedoras. Nervioso, miraba por la misma ventana desde la que hoy recuerdo esto por ver si se movía algo allá, en la encina. Lograba ver sobre la tumba dos luces amarillas que giraban entre ellas. Para mi inmaduro intelecto infantil eran dos ojos tenebrosos. Rápidamente me tapaba hasta arriba con las mantas temblando, pero no de frío, sino de temor a que el Marica me hubiese visto...

Al día siguiente las voces adultas que venían de fuera de la casa me despertaban. Renacían en mí unas ansias extremas de volver a la encina. Me vestía a toda prisa, tomaba un obligado aunque frugal desayuno y me iba corriendo a la Cruz del Marica, como se le llamaba popularmente al sepulcro de la encina. Llegaba con la esperanza de que, durante la fría noche, algo hubiera cambiado; que la losa que tapaba el agujero mortuorio estuviese movida o que algún trozo de musgo hubiera desaparecido de entre las letras y pudieran leerse más secretos sobre la muerte del Marica. En realidad todo estaba igual que el día anterior, pero mi imaginación podía concebir ciertas mentiras inocentes como verdades clamorosas. Tal vez el Marica, "de profundis", quería contarme su secreto...

Pero ¿cómo podía verme? Yo estaba convencido de que me miraba, me protegía. Quizá se había transformado en la gigantesca encina para poder de esa manera verme. Sí, tenía que ser así. Imaginé un génesis para su metamorfosis: enterrado profundamente, podía tocar las raíces de la encina. Así fue poseyendo el cuerpo del enorme árbol, poco a poco, noche tras noche. El alma de aquel pobre hombre infeliz debía ser muy grande; su corazón, siempre desnudo, debió ser inmenso. Por eso la encina era tan portentosa, porque guardaba el secreto del alma de una rosa.

Cada vez que iba la encina sabía que me estaba esperando un amigo, no ya bajo la encina, sino bajo el sol, aguantando unas veces con penuria la sequía, y otras, con cierto dolor, los empujones de Eolo, que doblaban sus pesadas ramas cargadas de eternas hojas coriáceas y de elegantes balas naturales.

Sabía que el Marica quería contarme su historia, su vida, su muerte, su delito. Pero no podía con palabras. En esos momentos las palabras me parecían tristes piedras, pesados objetos inertes, eternamente inservibles. Entonces dejaba que el silencio del lugar me acariciara y me hablara, mientras la capa púrpura del crepúsculo caía sobre el día.

Mi padre murió y hubo que vender aquella casa, olvidada en algún páramo alcarreño. Pasó mucho tiempo, pero yo no me olvidaba de mi amigo. ¿Seguiría reposando allí? ¿Se acordaría acaso de mí? Yo crecí y cuando mis negocios me lo permitieron, volví a la encina a ver al Marica. Tal vez no me reconociera, ahora yo tenía el entrecejo poblado de grisáceas canas y mi cabeza estaba casi deshabitada de pelo. También se me habían endurecido las facciones, algún surco recorría sin prisa mi frente. Pero la encina... ¡Oh, la encina! Seguía en pie enorme, majestuosa, gobernando aquella tierra y cuidando de la casa, ahora triste y envejecida.

Me acerqué y cuando llegué frente al gran árbol, mi atención se fijó sobre la losa. Allí descansaba el sepulcro que tantas veces observé con asombroso misterio. Los recuerdos de mi infancia bullían en mi cabeza. No resistí la tentación de pasar por la inscripción de la Cruz mi mano, ahora cubierta de grietas que me hizo el arado de la vida. La lluvia, celosa, había ido segando poco a poco durante mi larga ausencia, los breves vestigios que quedaban de las palabras cinceladas en el granito. Además, un fuerte y tupido musgo dificultaba aún más el desciframiento de éstas. Era inútil, ni siquiera se apreciaban ya las fechas de su nacimiento y muerte.

Le hablé, pero no me contestó. Todo era imaginación de niño, él no podía hablarme, estaba muerto. Llevaba así, callado, más de un siglo. Mis ilusiones y recuerdos se desbarataron. Nada era cierto. Tal vez, ni siquiera la inscripción decía ninguna verdad...

En aquel momento recordé que las palabras eran piedras, tristes objetos duros. Recordé que el Marica no hablaba con palabras, sino con el silencio. Me senté sobre la tumba y cerré los ojos. Escuché el hálito del viento... Golpes de martillo muy distantes de alguna casa vecina... Un temprano grillo frotaba sus patas contra su vientre y hacía las delicias de mis oídos... ¡Todo era él, seguía allí! No podía escucharle pero le sentía. Había perdido mi capacidad para entenderme con el campo. Había roto lazos con la Natura y no podía volver a unirlos: era demasiado tarde. Pero no perdí la esperanza, me decidí a volver intentarlo, necesitaba creer en la energía no sólo de aquel páramo, sino de toda la Tierra.

Compré con mis ahorros, aquel pedazo de suelo, dejado a su suerte desde que nosotros lo vendiéramos, para cultivarlo como lo hizo mi padre: la parte de la izquierda toda llena de espigas de trigo; la parte de la derecha, rebosante de girasoles. Y en medio la encina, cuidando la cosecha. Y la casa la reformaría hasta que quedara de nuevo habitable...

Llevo ya dos años viviendo en la casa con mi mujer y mi hijo. Cada mañana, tras el desayuno, voy con mi hijo a la sombra de la encina y le cuento cosas sobre el Marica, las mimas que me contaba mi padre.

Cuando cae también nos escurrimos hasta allí y quedamos en silencio, con los ojos cerrados, buscando escuchar alguna voz. A veces un escalofrío recorre el cuerpo de mi hijo. Yo le pregunto qué le ha pasado y él me contesta: "Es que me ha parecido escuchar disparos y me ha entrado frío de repente". Entonces cubro su cuerpecito con una manta y caminamos de la mano hasta casa. Aquella encina seguirá allí cuando yo muera y tal vez siga en pie cuando a mi hijo le toque partir, cansado de laborear la tierra. Aunque los inviernos se lleven el grano o enloden el campo con sus continuas lluvias, la encina debe seguir allá mucho tiempo hasta que alguien pueda saber el secreto del Marica y difundirlo a todos los árboles, a todos los pájaros, a todas las piedras. Y el Marica, con su corazón al desnudo, seguirá siendo libre en esta tierra suya.

Carlos Moreno